

sirven y hacen el efecto que los aluviones del Nilo, que vigorizan sus frutos y fertilizan los floridos campos de sus creencias y aspiraciones.

Es sensible que los historiadores de Filipinas no hablen de su sociedad culta, de sus hombres ilustrados. ¿Es que existe una intencion premeditada, un pensamiento constante, para extrañar la opinion y dirigirla por rumbos equivocados y denigrantes para sus muchos intereses? Hablar de Filipinas describiendo únicamente hechos y personas, que por desgracia no han encontrado un puesto en el banquete de la civilizacion, y que, como en todo pueblo, allá donde se busca la ignorancia se encuentra, pues el mundo vive de la variedad, y la necesita para la indispensable armonía de sus destinos, es falsear la verdad, es desnaturalizar la historia. Es lo mismo que si al querer estudiar la historia contemporánea de España se echase mano de esos folletos que relatan y pintan á los toreros, á las manolas de navaja, á los mozos de cuerda, al paleta ignorante ó al hombre imbécil. ¡Lucido juicio formaria de España el que tal leyera!... No mentiria, pues es patrimonio de los pueblos lo mismo la ignorancia que los adelantos; pero induciria á conciencias débiles y poco ilustradas á creer falsedades contra la justa reputacion de un pueblo.

Desdeñar la civilizacion naciente del archipiélago filipino, es olvidarse de la Constantino- pla de Justiniano, del Egipto de los Faraones, del Califato de Omar en Córdoba, del Ramayana y del Mhabarata, de la Persia de Alejandro, de la Grecia de Pericles y de todas esas civilizaciones que un dia nacieron pujantes y poderosas, y que en la hora presente, por circunstancias históricas, se encuentran dormidas en el lecho embalsamado de sus grandiosos recuerdos. Ellas nacieron de una infancia ignorante, á la cual siguieron sus dias de gloria y grandeza; llegó tambien su decadencia, y siguen esperando que el turno de las civilizaciones del mundo les llame otra vez para regentar sus destinos. No es, pues, extraño, aunque sea doloroso, que en el siglo actual exista un país adormecido en una infancia incipiente, sin grandezas y casi sin historia, ni hay razon para negar que la ley del progreso no lleve muy pronto á aquel suelo sus bienes y su esplendor.

En un país lleno de bellezas, y en donde parece que la naturaleza ha querido hacer alarde de su poderío; lleno de virtudes y de defectos que encantan y agradan, como encanta y agrada el amor y la inocencia de la doncella enamorada; generoso como sus bosques, valiente como sus olas, inteligente porque es hombre, imposible será que no marche con paso decidido por la senda del bien y de la justicia en busca de su puesto en el concierto de las civilizaciones, en las páginas de la historia, en las profundidades de la ciencia y en los altares del arte.

Todo lo que acabamos de decir no es un panegírico, ni el himno entonado ante los ideales de un falso sentimiento; es solamente un concepto general lleno de prudencia. Al descender á innumerables detalles y cuestiones que desarrollaremos en Los Dos Mundos, nos pondremos frente á frente y diremos con valentía y franqueza todos los defectos y todas las malas cualidades de que adolecen los naturales de aquel país.

Los abolengos indisolubles que eslabonan á aquellas islas con la metrópoli, el respeto profundísimo que nos merecen todas las instituciones religiosas, todo el sentimiento nacional que palpita en los corazones de ambos pueblos, serán el molde y la divisa de nuestros artículos. No nos olvidaremos de las cuestiones puramente económicas, que son la vida y el alma de aquellas

islas, cuestiones á las cuales dedicaremos con preferencia nuestra atencion. La administracion de justicia, base firmísima de la moral de las naciones, y punto de apoyo de todas las instituciones; el pueblo con todos sus fanatismos, sus ideales y su idiosincrasia, y en una palabra, todas las cuestiones políticas, económicas y sociales, serán presentadas y analizadas con todo el interés que nuestras fuerzas permitan.

TOMÁS DEL ROSARIO.

LA RIQUEZA Y LAS OBRAS PÚBLICAS

Los pueblos se agitan, pero no impulsados como en la antigüedad por el fanatismo de las religiones, ó por la vanidad de guerras sin motivo, ó por la fiebre de conquistas más costosas á los vencedores que á los vencidos; se mueven, mas no por caballerescas empresas plagadas de errores y dadas al ridículo sublime y á la grotesca parodia; andan, no como entónces sin salir de círculo vicioso donde gastadas sus fuerzas y atrofiadas sus facultades arrastraban vida mezquina y penosa; hoy andan de prisa, se mueven vigorosos y se agitan potentes en pos del progreso, tras de su perfeccion, de su bienestar, de su riqueza. Por eso nada tan importante, nada de tan vital interés para la vida de los pueblos como cuanto se relaciona con su prosperidad y engrandecimiento.

Las naciones, sean las que quieran su posicion y su situacion, se señalan y distinguen más por su riqueza que por su política, más por sus adelantos que por sus territorios, más por su civilizacion que por sus gobiernos. No importan gran cosa las instituciones que las rijan, si su prosperidad es grande, si su industria es floreciente, si su agricultura es pródiga, si su comercio es rico, si brillan sus artes, si en fin el trabajo es en ellas más que triste y cruel necesidad, fuente de vida.

Una nacion no es feliz si no es rica, y no es respetada si no es poderosa, y no es poderosa si no es fuerte con esa fortaleza que dan á más del amor patrio y la altiva idea de su propia independencia, los valiosos elementos que proporcionan la riqueza de su suelo, los variados recursos de sus industrias, la prodigalidad de su comercio y las múltiples condiciones de una vitalidad exuberante y poderosa.

No basta á un pueblo poseer un suelo feraz que dé mil por uno de productos variados y frutos sabrosos; no basta que sus hijos sean laboriosos y sobrios; necesita además como complemento y factor importantísimo, iniciativa en el trabajo, elementos auxiliares que le hagan ménos rudo y penoso y tambien más productivo, leyes protectoras que fomenten el progreso material y moral haciendo fácil el acceso á la vida comun de todos y de cada uno.

Por lo que respecta á España lo mismo que á nuestras provincias ultramarinas, queda mucho que hacer en lo que atañe á la riqueza y prosperidad general. El fomento y desarrollo de las obras públicas han permanecido siempre descuidados, más que en descuido en censurable abandono. Es cierto que constantemente hemos mantenido guerras civiles y luchas intestinas que han ensangrentado nuestro suelo, consumido nuestro erario, preocupado la atencion de los gobiernos y hecho de los españoles hombres más aptos para el campo de batalla que para la fábrica y el taller; mas esto no obstante ¿qué se ha hecho en España en los períodos de paz? Mucha política y muy poca administracion; muchas constituciones, pero escasas y aún así deficientes leyes que protejan, impulsen y desarrollen nuestra ri-

queza en sus ramos de industria, agricultura y comercio.

Tenemos ferrocarriles aunque no en las mejores condiciones de rapidez, comodidad y economía, pero ¿cuántos canales de riego y de navegacion contamos? Ni siquiera poseemos carreteras y caminos suficientes á la comunicacion de los pueblos y á sus necesidades mercantiles. ¿Qué es nuestra marina? ¿Cómo estan nuestros puertos? Nuestras costas son dilatadas, pero muchas de sus playas aparecen abandonadas y desiertas. Siendo España uno de los países más ricos en montes, tiene que recurrir al extranjero en demanda de maderas, como recurre en demanda de carbones poseyendo como posee un suelo pródigo en yacimientos minerales. Nuestras industrias son escasas y aún así pobres ménos por falta de capitales y de iniciativa que por elementos complementarios; nuestras minas en su mayor parte las explotan manos mercenarias ó extranjeras; no poseemos grandes mercados; casi todas nuestras ciudades importantes aparecen mezquinas y feas como villorrios, y nuestras villas como insalubres aldeas.

Y si extendemos la vista á Cuba, á Filipinas, á Puerto-Rico... ¡oh! allí todavía en muchas localidades viven la existencia primitiva: por todas partes terrenos eriales, territorios sin vias de comunicacion, bosques impenetrables sirviendo de guarida á alimañas y malhechores, pantanos mortíferos sin desecar, comarcas sin agua, poblaciones aisladas, industrias muertas apenas nacidas, terrenos inmensos sin explotar, perdidos para el hombre y para el país...

Se ve, pues, cuán importante es para un país el fomento de las obras públicas, cuánto en nuestra patria reclaman las necesidades materiales, cuánto se debe al desarrollo de su prosperidad, y cuánto resta que hacer para colocarnos al nivel de la industriosa Inglaterra, de la comercial Francia, de la productora Bélgica y de la hoy ya floreciente Italia, de esa nacion casi nuestra hermana que si tiene suelo fértil tiene tambien gobiernos que dedican á su engrandecimiento cuidados incesantes y solícitos.

Incansable la prensa ha reclamado sin cesar, ora indicando adelantos, ora reformas útiles y beneficiosas, ya señalando defectos ó censurando faltas gravísimas y abandonos punibles, siempre clamando por el fomento de cuanto se relaciona con la prosperidad de la patria; mas pocas veces han sido atendidas sus excitaciones.

No por eso hemos de desmayar nosotros, que al fin nos hemos fortalecido en la paciencia y la esperanza, confiando en la bondad de la justicia y convencidos de que la fuerza del progreso y las necesidades de los pueblos más ó ménos pronto se imponen.

No somos la ciencia, pero sí el eco de la opinion general, y escudados en ella reclamaremos una y mil veces con templanza pero con energía lo que al engrandecimiento de la patria se debe. Así, pues, cuanto con aquella se relacione, cuanto tienda al desarrollo creciente de nuestros intereses materiales, al bienestar de las poblaciones y á la comodidad de las diferentes clases sociales será objeto preferente de nuestra atencion, que en gran parte dedicaremos con cuidado exquisito é incansable celo á nuestras posesiones ultramarinas.

Por hoy, y mientras llega el momento en que con la minuciosidad que merecen nos ocupemos de las obras públicas en cuanto se relacionan con la riqueza nacional, nos limitaremos á pedir á nuestros gobiernos, á nuestros políticos sin distincion de partidos, á todos los españoles que, ya por su posicion, ya por su saber ó condiciones especiales influyen en el país, que aparten un poco los ojos de la casi siempre estéril

política y los fijen con amor en los más positivos intereses de la patria, que sólo será fuerte siendo, como hemos dicho antes, rica, feliz y poderosa.

R. VEGA ARMENTERO.

ABISMO¹

I

Iba á la fiesta yo de un gran palacio; mas oyendo, al pasar, la ronca orquesta de un misero burdel en cuyo espacio se agitaba otra gente en otra fiesta, sentí de compasion impulsos tales, que dejando la espléndida morada, digno asunto de cuentos orientales, del ruin tugurio atravesé la entrada. Allí no faltarán arpas sonoras, para mí dije, ni al poder incienso; de la mia las cuerdas gemidoras estremecer hará dolor inmenso. Musa de redencion, musa plebeya que, de los dioses al huir las cimas, esculpes de este siglo la epopeya con robusto cincel ó ardientes rimas, de lo real visible y de lo interno en mármol que no muere y bronce eterno, *si no es la Caridad un nombre vano, dile, pues, que socorra á la inocente asomada á la orilla del torrente, arrancándola de él su santa mano.*

II

Yo no sé con qué pérfidos amaños la llevaron allí; pero allí estaba como una flor de estufa; pocos años, apenas doce, la infeliz contaba. Furias del carnaval, rostros extraños, el vicio en repugnantes gradaciones danzando con livianas contorsiones en que su arte diabólico se apura, alucinar debian con exceso la mente de la frágil criatura, visto el placer, el cándido embeleso que en ella despertó la fiesta impura. Si aquel mercado vil de la materia, si aquel sitio infernal era la gloria soñada por el ángel de mi historia, ¡qué horribles, qué espantosas la miseria, la ignorancia y el hambre no serian que atormentado su niñez habrían! *¡Oh Caridad! Si nombre no eres vano, ¿por qué no socorriste á la inocente asomada á la orilla del torrente?*

¿Por qué no la salvó tu santa mano?
En vez de los andrajos que cubrieron de su gentil belleza los albores, para la noche infame la vistieron con galas y por modos tentadores. De trapo, no marchito, de colores lucía en la cabeza una guirnalda, el pecho descotado sin cautela, de terso raso azul la corta falda con golpes de brillante lentejuela, de fina malla el resto del desnudo y de seda calzado el pié menudo. La atraccion de este sér tan peregrino que á la insensata concurrencia chocó, hizo á muchos perder su poco tino, á traicion estampándole en la boca su boca amoratada por el vino que de *gaché en gaché*, de chula en chula, cuando calla la orquesta allí circula.

¡Oh Caridad! Si nombre no eres vano, ¿por qué no socorriste á la inocente asomada á la orilla del torrente?
¿Por qué no la salvó tu santa mano?

Así el tiempo corrió; breves las horas, que el acicate del placer azuza, pasaron esta noche voladoras como estrella fugaz que el éter cruza. Y así tambien á los halagos ella de vicioso procáz al fin rendida, por capricho quizás ¡ay! ó vendida partióse del burdel donde fué estrella. Pisado apenas hubo los umbrales risueños, á sus ojos, de la vida, en el terrestre lodazal caida, ¡qué pronto escuchará los funerales de la dicha soñada! Porque el mundo, comprendiendo los nobles ideales que el anhelado bien hacen fecundo, ni el abismo sondar quiere profundo donde el peligro de la infancia empieza, ni sacudir su criminal tibieza.

¡Oh Caridad! Si nombre no eres vano, ¿por qué no socorriste á la inocente asomada á la orilla del torrente?
¿Por qué no la salvó tu santa mano?

¡Madres buenas, mujeres! Hasta el cielo suba de vuestro horror el hondo grito, ¡cuánto hermoso capullo por el suelo al abrirse á la vida ya marchito! Con hambre y frio y sed, desamparadas, en las calles vereis niñas que ignoran lo mismo por qué rien, por qué lloran, y os retan con impúdicas miradas. A tan misero estado van llevadas sin voluntad ¡ay cuántas! ni conciencia, cual van al matadero, en su inocencia, tiernas reses al punto degolladas. Una vez, y otra vez, y siempre, solas ó unidas, arrancad los pobres séres á ese abismo que brama y á esas olas, ¡oh madres compasivas, oh mujeres una limosna del amor las libra!...
¿No hay en vuestras entrañas una fibra?
¡Ven, Caridad, si nombre no eres vano!
¡Acude, que peligra una inocente, y arrastrada será por el torrente si no la apartas de él con pronta mano!

VENTURA RUIZ AGUILERA.

AL INSIGNE PATRICIO DON AGUSTIN ARGÜELLES

Cuando en esta tu patria, patria mia, busca tu sombra mi entusiasmo ardiente, la ve en el monte, cuya altiva frente rasga las nubes y sorprende el dia.

Cuando otras veces evocar ansia viriles ecos de tu voz potente, sobre todo rumor tronar los siente en los clamores de la mar bravía.

Altivo fuiste y á la luz te alzaste; tu voz divina pregonó la idea que no halla vida en corruptora calma; y si á tu España como patria amaste, por tí venció tambien en la pelea la santa libertad, patria del alma.

F. DE ARAMBURU Y ZULOAGA.

LOS POLVOS DE ARROZ

(DIÁLOGO AUTÉNTICO)

—¿Y qué opina V. de los polvos de arroz?— me preguntó la discreta y hermosa jóven con quien yo acababa de sostener una variadísima conversacion.

—Los polvos de arroz, señora—contesté,— son una invencion moderna y una manía antigua; invencion moderna, porque si bien es cierto que nuestros antepasados se empolvaban el cabello, nuestras contemporáneas se embadurnan la cara... y esto es nuevo.

—¡Embadurnan! Qué frase tan poco culta.

—No se me ocurre hablar de otro modo tratándose de un *cosmético* que está muy léjos de serme agradable, como á casi todos los de mi sexo.

—¿Y por qué dice V. *mania antigua*?

—Sí, la antiquísima y tradicional manía de pretender aparentar lo que no es: la de atezado cutis quiere ser blanca...

—¿Y la que es blanca?...

—Esta, si se empolva el rostro, demuestra un pésimo gusto, porque le basta el sonrosado y propio matiz de su cara para ser bella: créame usted, los polvos de arroz son antipáticos.

—Nada, por el contrario, tan atractivo, tan vaporoso como ese polvillo impalpable que pasa insensiblemente desde una borla de finísimo plumon hasta un cutis femenino: cuando veo una mejilla cuyo sonrosado color descubro á través del trasparente velo de los polvos de arroz... se me antoja la aurora surgiendo á través de los vapores matinales... ó las fresas que cubrimos de azúcar...

Yo me reí al ver aquel despilfarro de poesía tan mal empleada, y luégo recordé un suceso que me hizo exclamar:

—Señora, los polvos de arroz son eminentemente acusones, y bastaria esta circunstancia para que yo los odiase.

—¿Acusones? No comprendo.

—Sí; acerque un hombre sus labios á una de esas mejillas que con tanta poesía y elegancia describió, y en ellos quedará la prueba del delito: recuerdo..., sí, recuerdo—dije suspirando— un triste episodio en el que jugaron un importante papel esos traidores polvos...

Hubo una pausa.

—¿Y fué V. el héroe de esa aventura nebulosa?—preguntó ella con aparente indiferencia, pero sonriendo maliciosamente con la mirada.

—No... fué un amigo. Figúrese V. que este amigo mio amaba de veras á una jóven, cuya señora madre es muy larga de alcances y de vista; una tarde de verano se quedó ésta un momento dormida en la mecedora... los jóvenes se miraron y la miraron. ¡Qué tarde más deliciosa era aquella! Por la entornada persiana de un balcon, que daba á un jardin, penetraba una brisa fresca y saturada de embriagadoras emanaciones; la media luz de la habitacion prestaba un tinte de vaga poesía á todos los objetos, y especialmente á los azules y lánguidos ojos de Nieves (así se llamaba la novia de mi amigo), ojos que deliciosamente velados por las corvas y doradas pestañas... le miraban, le miraban... ¡vamos! como ellos saben mirar cuando quieren, de una manera irresistible, fascinadora...

Suspiré por segunda vez.

—Puede V. continuar—murmuró mi interlocutora.

—Y nada más. ¡Ah, si! Despues de algunos minutos se despertó la mamá y observó inmediatamente que mi amigo tenía sus labios manchados de polvos de arroz; despues le despidió con mucha política; más tarde, dos dias despues, Nieves se ausentó de Madrid y mi amigo no volvió á verla jamás.

Nada dijo la hermosa jóven á quien conté esta historia, y ambos permanecimos silenciosos durante un cuarto de hora dejando vagar nuestras miradas por el espacio.

—No tiene V. razon—me dijo de repente,— no eche V. la culpa de ese desastre á los polvos de arroz, sino... á su amigo, que no tuvo el talento de buscar un punto sin ellos... Yo jamás paso la borla por los labios.

RAMIRO BLANCO.

¹ A la cariñosa amistad de la viuda del eminente Don Ventura Ruiz de Aguilera debemos el honor de poder insertar esta brillante composicion *inedita* en nuestra Revista, que al ver hoy la luz pública va escudada con una verdadera joya literaria, de las muchas que el poeta ha dejado escritas y tenía prep radas para la publicacion de un nuevo libro, cuando la muerte le arrebató de entre nosotros.

Las importantes sociedades que se honraron contando entre sus miembros al ilustre vate salmantino, y aquellas en que él mismo ha leído en dias memorables sus delicados y sentidos versos, debieran cooperar á que el público conozca pronto sus obras inéditas, sin obligar á su noble esposa á entregarlas en manos de editores, ya que la modestia de su fortuna no le permite hacer otra cosa.

BEAUCHAMP

EL ERROR

NOVELA EN INGLÉS, POR G. P. R. JAMES
Traducción de Juan Andrés Topete

CAPÍTULO PRIMERO

En tiempos del reinado de uno de los Jorges, cierto joven, como de veintisiete á veintiocho años de edad, marchaba á caballo por uno de los pintorescos caminos que cruzan uno de los condados de la parte occidental de Inglaterra. Era la puesta del sol, cuando el astro rey, cansado de su diurna excursion, marcha con lento paso al sitio de reposo, y como mirando con satisfaccion á los objetos que ha iluminado, y sonriendo bondadoso al considerar los beneficios que dispensó. Era la hermosa tarde de un delicioso día de una más deliciosa estacion, circunstancias suficientes para hacer feliz á un hombre cualquiera que gozase de buena salud, poseyese una guinea en el bolsillo y no hubiese cometido los delitos de homicidio ó bigamia, y el ginete parecia gozar del ambiente y del panorama tanto como un individuo de dichas condiciones. Al pasar por estrecha senda practicada entre dos montículos que impedían el uso de sus facultades visuales, el ginete recreaba sus ocios silbando trozos de alguna cancion popular; cuando sin tropezos podia dirigir la mirada en rededor y contemplar los verdes prados, el murmullo de un arroyo y los altos árboles, exclamaba entusiasmado: ¡Cuánta caza debe haber por aquí!

Demostraba amar la variedad, porque unas veces hacia trotar al caballo, otras galopar y otras le ponía al paso; pero parecia que el cálculo guiaba estos movimientos, puesto que el paso coincidía con la subida de una cuesta, el galope con algun trozo de terreno sembrado de hierba, y el trote con algun llano relativo. A veces tambien acariciaba el cuello del animal y le hablaba afectuosamente, á lo que aquel hubiese de seguro respondido en iguales términos si á la garganta y lengua de los llamados irracionales hubiese dotado la naturaleza de facultades para sostener una conversacion. Pero no siendo esto así, todo lo que el animal podia hacer para expresar su satisfaccion por los halagos de su amo, era bajar y subir gallardamente su cabeza. Era un hermoso animal, bayo claro, de ocho dedos sobre la marca, fuerte, de buena sangre y pelo tan suave como la seda. El barro rojizo de sus cascos denotaba el largo viaje que llevaba; pero en ninguno de sus movimientos indicaba cansancio. No por cierto; el noble bruto podia aún andar descansadamente cuarenta millas más. El ginete le manejaba bien; su mano era ligera; ligero caía sobre la silla, aunque alto y de formas musculosas; y todo su aire denotaba desembarazo, confianza, bienestar y tranquilidad de espíritu. Ningun cuidado llevaba á la grupa; por tanto aquellos dos seres marchaban en alegre y armónica compañía.

El traje del ginete era de buen gusto, ni muy vistoso ni vulgar, adecuado para viaje y no impropio para una visita de mañana. Basta con esto acerca del atavío; pero con relacion á su fisonomía he de decir algunas palabras más. Era alegre, risueño, y aunque su expresion revelaba alguna ligereza, sin embargo, no sé por qué causa, examinada atentamente, os convenceríais de que aquella ligereza era hija más bien de hábito que de carencia de facultades. Su color moreno, con ese ténue rojo que presta la buena salud, y las facciones, que no eran tan perfectas como las del Apolo de Belvedere, daban la seguridad de que era un hombre bien parecido. Además, habia en sus movimientos tal naturalidad, le ha-

cian estos tan campechano, como vulgarmente se dice, tan afable y alegre, que no dudaríais en afirmar, aún ántes de conocerle, que aquel hombre era bueno para amigo.

Siguió su camino contemplando el valle y el monte, el arroyo y los árboles, hasta que el sol escondió su esplendente luz, dejando como recuerdo de ella un ligero reflejo en la torre de la pequeña iglesia de la cercana ciudad, ó mejor dicho lugar, porque no estoy muy seguro de si por aquellas fechas habia alcanzado aquel título.

Con indicar que el ginete podia ver la torre de la iglesia, habré probado al lector que en el momento en que el sol se ponía, el viajero se hallaba en lo alto de una cuesta de las muchas que accidentaban aquel terreno de espesos bosques. La escasa luz le permitió distinguir la avenida de árboles que conducía al pueblo, y tomando aquella direccion, exclamó: ¡Hermosa entrada! ¡Qué dichosa paz anuncia! Ignoraba que en aquel tranquilo camino encontraria qué hacer y que su trabajo no sería fácil: esta es la vida; no sabemos al caminar en qué terreno daremos el siguiente paso. Meditaremos, calcularemos, desvariaremos, confiaremos... pero á la postre todos somos ciegos, guiados por un indomable perro que se llama destino.

Próximo al pueblo, detuvo el paso, deseando, como buen caballista, que la cabalgadura llegase descansada al término del viaje. Al llegar á los árboles la oscuridad fué mayor, y media milla más adelante fué completa; pero esta circunstancia no le hizo alterar el paso. De repente, ruido de voces hirió el tímpano del viajero, haciéndole sospechar que alguien se hallaba en peligro por aquellas cercanías. Primero una palabra indistinta pronunciada aceleradamente en tono imperativo; despues voces de reproche y de súplica dichas como si una mano tratase de ahogarlas en su origen; luégo juramentos mezclados con rumores de pisadas como si alguien corriese del lado del pueblo al punto de donde las voces partían. Dió unos pasos más y el ginete distinguió, primero confusamente, despues con claridad, que el camino se hallaba interrumpido por varios objetos; el mayor, aunque no el más importante de ellos, era un carruaje; á un lado, los caballos desenganchados guardados por un hombre que al parecer sostenia una pistola; próximos al vehículo habia otros dos hombres; más allá un caballo ensillado, y aquellos luchando por sacar del coche á una señora. A pesar de la oscuridad el ginete pudo distinguir todo esto, porque el sitio ocupado era el cruce de otro camino perpendicular al que el viajero llevaba, y la carencia de ramaje en aquel trecho permitía el paso de la luz de la tarde. El ginete espoleó, y pronto se encontró en la escena. El hombre de la pistola no encontró de su agrado aquella aparicion favorecida por la sombra que proyectaban los árboles, y levantando la pistola apuntó al recién llegado.

(Se continuará.)

NOTICIAS VARIAS

La situacion de la hacienda de los Estados Unidos es cada vez más satisfactoria.

Habiendo sido aprobados los proyectos del secretario del tesoro, Mr. Folger, los impuestos interiores serán suprimidos, exceptuando los que se refieren á bebidas espirituosas y tabacos.

Mr. Folger ha propuesto al congreso que se rebajen los derechos de importacion sobre los azúcares, melazas, vinos, lanas, hierros, aceros y sedas.

En Rusia se ha acentuado la baja en todos los valores, y sobre todo en el cambio; por esta razon se trata de crear allí un ministerio de Industria y Comercio y de la reorganizacion del banco del estado á fin de que lleve el carácter de *Banco Nacional*, á semejanza de los de Lóndres, Paris, Berlin y Madrid.

Es indudable que si estos propósitos se realizan y si al papel se le da su valor legal, nivelándolo con el

metálico, el crédito se levantará y el país experimentará en breve plazo el sano fruto de medidas tan acertadas y patrióticas.

El eminente economista M. Leon Say ha pronunciado en la Cámara, el lunes 11 de Diciembre último, un elocuente discurso sobre el estado financiero de Francia y la necesidad de activar las obras públicas. Hé aquí una de las frases más culminantes de su disertacion: *Nous entreprenons des travaux á droite et des travaux á gauche*. Ojalá que los propósitos del sabio hacendista se conviertan en hechos.

Italia por su parte pone toda su atencion en hacer desaparecer de la circulacion el papel-moneda, pues se ha reunido últimamente la comision y ha fijado las reglas para ir extinguiéndolo paulatinamente.

En Portugal los negocios están encalmados y á la expectativa.

Son cada vez más satisfactorias las noticias que de provincias se reciben dando cuenta de las recaudaciones hechas á favor de las víctimas de Cuba y Filipinas. Eran de esperar tales noticias dado el espíritu caritativo del pueblo español, mucho más tratándose de socorrer á sus hermanos allende los mares.

Causó gran satisfaccion en Santiago de Cuba la noticia de que el Gobierno ha autorizado la prolongacion de aquel muelle. Aplaudimos la medida por lo mucho que mejora los intereses materiales de aquella localidad.

Como si fuera pequeño el azote que sufrió con los últimos ciclones la region de Vuelta Abajo, el día 23 de Diciembre último descargó tan fuerte lluvia, que inundó aquella comarca, produciendo grandes daños, especialmente en los sembrados y los puentes.

Quiera Dios que cesen pronto las calamidades de que es víctima aquella fértil region.

Independientemente del servicio de Correos para Filipinas, via Marsella, los vapores españoles continuarán zarpando del puerto de Barcelona el día 1.º de cada mes, y llevando, como es sabido, la correspondencia pública y oficial para aquellas islas.

Segun noticias de Matanzas, el Gobernador civil Sr. Ibarreta está enfermo. Deseamos un pronto y total restablecimiento á tan celoso funcionario.

Ha sido nombrado Registrador de la Propiedad de Guanabacoa D. Lino Campos y Lopez. Le damos la enhorabuena por el nuevo cargo á que ha sido destinado.

El comandante general del apostadero de la Habana, Sr. Topete, ha dictado dos importantes disposiciones, que interesan mucho al comercio y capitanes de buques. Una de ellas, la referente al uso de las boyas de la marina de guerra por los vapores mercantes, favorecerá indudablemente los intereses del comercio en aquel puerto, así como los beneficios que proporcionará la segunda, relativa al cobro de derechos por las capitancias de puerto, se extienden á todos los de la isla.

Es de agradecer, pues, la solicitud que en ambas disposiciones revela la digna primera autoridad de marina de la Habana en pro de los intereses del comercio.

ADVERTENCIA

Proponiéndonos que nuestra publicacion sea el reflejo fiel de todas las manifestaciones de la actividad humana, rogamos á los directores, jefes ó propietarios de Bancos, sociedades de crédito, industriales, mercantiles, casas de Banca, grandes almacenes, grandes y pequeñas industrias y explotaciones agrícolas, se sirvan remitirnos sus estatutos y reglamentos, las memorias y balances que publiquen, el catálogo de los productos á que se dediquen, y en una palabra, cuantos datos y noticias crean de utilidad para ilustrar la opinion pública y deshacer conceptos erróneos que tanto perjudican al buen nombre de las mismas.

PRECIOS DE SUSCRICION.

| ESPAÑA Y EXTRANJERO. | | | |
|---|------------|-------------|-------------|
| | Trimestre. | Semestre. | Año. |
| Madrid | 3,50 ptas. | 6,50 ptas. | 12 ptas. |
| Provincias | 3,75 » | 7 » | 12,50 » |
| Extranjero | » » | 15 » | 25 » |
| PROVINCIAS ULTRAMARINAS Y REPÚBLICAS AMERICANAS. Á PAGAR EN ORO. | | | |
| Cuba y Puerto Rico | » » | 3 pesos fs. | 5 pesos fs. |
| Filipinas y Repúblicas americanas | » » | 4 » | 6 » |

La correspondencia se dirige á D. Jesús Pando y Valle, calle de Ruiz, 18, segundo, Madrid.

Madrid: 1883.—Imp. de Moreno y Rojas, Isabel la Católica, 10.